

BESTSELLER

Adriana Aristizábal

La GUACA de las Farc

“Yo la encontré”



Quintero Editores



Adriana Aristizábal

Comunicadora social y periodista egresada de la Universidad Jorge Tadeo Lozano en 1995, y administradora de empresas de la Universidad Nacional. Hace doce años inició su importante carrera profesional como corresponsal del noticiero 24 Horas y NTC Noticias; dos años después pasó a ser periodista de RCN Radio y actualmente cubre el área de orden público en RCN Televisión. Durante su gran trayectoria en los medios de comunicación ha estado presente en el cubrimiento de significativos reportajes como: El paro armado de las Farc en 1999, La ruptura del proceso de Paz del Gobierno Nacional y las Farc, La masacre de Bojayá, El seguimiento al nacimiento de un nuevo grupo guerrillero en Bolivia, entre otros. Con *La GUACA de las Farc*, esta destacada periodista y comunicadora social nos sorprende con una envolvente narrativa que atraparé a los lectores.

Era una tarde tranquila la de ese martes 29 de abril. Regresábamos del área de operaciones en la región del Coreguaje en un avión Hércules lleno de soldados con morrales repletos de dinero, doce días después de haber descubierto la guaca de las Farc. Éramos de la compañía contraguerrilla "D" del batallón 50.

El viaje fue tranquilo, perfecto para el sueño, para el pensamiento profundo, la meditación y el descanso, después de tantas dificultades y eventos extraordinarios e insólitos —demasiados diría yo— para haber ocurrido en apenas doce días... Miré a mis compañeros de aventura sentados en el otro extremo de la aeronave y noté sus rostros satisfechos y agradecidos con el destino y el momento que vivíamos. Cada uno traía aferrado a su cuerpo, como si se tratara de un niño recién dormido al que no hay que despertar, su morral de campaña a punto de reventar, repleto de fajos de dólares y pesos... No podría precisar cuánto dinero traía cada uno, pero nadie podría decir que llevara menos de 500 millones en efectivo.

Faltaban unos diez minutos para aterrizar, cuando la tranquilidad del viaje se interrumpió. La angustia y el drama se apoderaron del vuelo... De un momento a otro Ávila se paró de su silla y sacando una granada de fragmentación que llevaba en el chaleco amenazó con volar el avión si no le devolvían su caja llena de dólares. Alguien se la había escondido, o quizás robado, y hasta ese momento nadie, salvo él, se había dado cuenta... Éramos noventa soldados, cuatro técnicos de la tripulación, un coronel y un mayor de la Fuerza Aérea al mando del avión... Ávila gritó con desespero, con fuerza, para lograr que quienes viajábamos cerca de él le prestáramos la atención que exigía en sus palabras: "Si no me devuelven mi plata, nos morimos todos". Su voz casi se escuchó por

encima del ruido ensordecedor de esa clase de aviones en vuelo. Los héroes son unos aparatos inmensos, a los que por fuera y por dentro se les ve el cableado interno moviéndose constantemente como culebras y se les oye el ruido de los motores durante todo el trayecto.

La tensión se apoderó de los ocupantes y el coronel al mando de la aeronave fue notificado de inmediato de la emergencia que estaba poniendo en peligro la vida de todos. Ávila se veía dispuesto a cualquier cosa, y de eso nos dimos cuenta cuando le retiró el seguro a la granada para activarla en cualquier instante. Su dinero había desaparecido intempestivamente y él, aferrando la granada con su mano derecha, insistía en que el aparato regresara a San Vicente o que el ladrón o el compañero bromista se lo devolviera... Pero nadie hizo nada, salvo sus dos más cercanos amigos intentaron persuadirlo y lo convencieron un poco para que guardara la calma.

Fueron instantes de angustia... Cuando creíamos que todo se hallaba en completa calma, que por fin habíamos encontrado la tranquilidad y el descanso que necesitábamos, se atravesó ese nuevo suceso... desde el momento del hallazgo de la guaca no habíamos podido tener un minuto de sosiego. Por eso más que el temor, sentí rabia cuando a Ávila se le ocurrió semejante locura en pleno vuelo... definitivamente el dinero comenzaba a traer sus propias desgracias.

1. EL REGRESO

Cuando abandoné el batallón José Hilario López, eran las dos de la tarde y hacía un intenso calor húmedo; sentía la camiseta pegada al pecho y tuve la intención de entrar a una heladería y tomarme una cerveza helada, pero no había tiempo para nada. De la rapidez con la que actuara en ese momento, dependía el éxito de la misión. Mi futuro, mi vida; por eso tomé un taxi para el terminal de transportes, con la idea clara y decidida de alquilar una buseta intermunicipal que me hiciera un viaje expreso hasta Cali. Le di 200 mil pesos a la rubia encargada de la taquilla, me asignó una buseta Carnival, espaciosa y cómoda. Quería viajar solo por comodidad, sin más acompañantes que mis pensamientos y, claro esta, necesitaba hacerlo así por seguridad, necesitaba pensar y reflexionar. Además deseaba disfrutar con mis pensamientos de hombre millonario y afortunado.

Los primeros minutos del viaje los dediqué a pensar en mi familia. En mi hijo recién nacido — a quien había visto sólo un par de veces—, en mi madre y mis hermanos... A ella la imaginé viviendo en un palacio, como se lo merece, y a ellos bien vestidos y manejando buenos carros... Siempre pensé que sería yo el hombre de la familia encargado de sacarla de la triste precariedad económica en la que nos debatimos siempre.

Intenté dormir, pero no lo logré. Los pensamientos optimistas y felices de repente dieron paso a la angustia, el miedo y la incertidumbre de un futuro desconocido en el que se podrían presentar grandes problemas.

Viajaba con un maletín repleto de dinero en efectivo, quizá mil cuatrocientos millones de pesos, pero al mismo tiempo, ¡qué ironía!, sentía que viajaba no con una fortuna sino con una bomba de tiempo a costas que en cualquier momento podría estallar haciendo volar en mil pedazos mis ilusiones. Comparé ese insólito momento de mi vida, con lo que sentí la primera vez que salté en paracaídas... es la ansiedad de sentirse libre en el aire, como un pájaro, dueño del universo, combinada con el miedo de saltar y temer que el paracaídas no abrirá; es nacer y morir en un mismo instante. Me sentí caminando sobre la delgada línea roja de la vida y la muerte, de la alegría y la tristeza absolutas.

El conductor de la buseta Carnival pareció no creer cuando ingresé al vehículo y le enseñé los diez tiquetes de viaje; incluso se puso más nervioso de lo que yo me encontraba, pues no todos los días un pasajero se sube y paga todos los puestos de un viaje directo de Popayán a Cali ni le obsequia cien mil pesos al conductor para que conduzca rápidamente sin parar en el camino.

El chofer parecía estar más pendiente de mí que de la vía y mirándome a los ojos por el retrovisor sólo atiné a pedir que no le hiciera daño; tal vez pensó que yo oficiaba como asaltante de camiones o de buses o se imaginó que era un guerrillero que huía con un botín robado. En realidad, era un soldado que viajaba con un botín que había encontrado. Le dije, tratando de utilizar un tono muy convincente: "Necesito llegar a Cali lo antes posible porque un familiar muy querido viajará en avión dentro de unas horas y tengo que verlo con suma urgencia". Fue quizás el único cruce de palabras que tuve con el hombre del volante. Mi preocupación no se centraba en el conductor que, satisfecho, guardó en uno de sus bolsillos los cien mil pesos. Ahora temía por la posibilidad de encontrarnos con un retén de la policía, del ejército o en el peor de los casos de la guerrilla.

Me acompañaba mi pistola Pietro Bereta nueve milímetros que guardé en la pretina de mi pantalón, un poco visible para que el chofer se convenciera de la urgencia del viaje. La verdad es que la pistola representaba mi única defensa para cualquier eventualidad; no estaba jugando y me sentía dispuesto a enfrentar cualquier dificultad. El arma, con apenas nueve tiros, era un trofeo de guerra que le había quitado a un guerrillero de las Farc dado de baja en un combate en la antigua zona de distensión; nueve tiros que poco me hubieran servido en caso de un encuentro con la guerrilla. Aunque no se lo advertí, el chofer tenía claro que yo lo obligaría a acelerar el vehículo en caso de sentirme amenazado.

Gracias a Dios la guerrilla nunca salió. Los que sí aparecieron unos kilómetros antes de llegar a una pequeña población fueron seis uniformados de una patrulla de la policía de carreteras, y sólo en el momento en que se detuvo el vehículo advertí que no tenía una coartada que pudiera explicar ante cualquier autoridad mi singular e insólito viaje. No contaba con una sola excusa si alguno de los agentes pretendía revisar el maletín que llevaba sobre mis piernas; "putas", me reproché en mi interior, pero de inmediato abandoné mi suerte al destino y pensé: "¡Qué diablos!, veamos qué pasa". Hicieron una señal ordenando estacionar el carro para revisar y preguntar el motivo del viaje con un solo pasajero a bordo. A través del retrovisor, el conductor de la buseta me observaba con especial atención, como previendo el comienzo de los problemas.

Aunque intentara evitarlo, mi rostro reflejaba intranquilidad, pero sin duda la suerte me seguía acompañando. Al sargento que me interrogó le bastó mi identificación como militar, que no es otra cosa que el desprendible de pago del último sueldo. Le expliqué que acababa de salir del monte, luego de cuatro meses sin contacto con la civilización y que me urgía llegar a Cali para visitar a un familiar que pronto se marcharía del país. Minutos después retomábamos la ruta y no tuve necesidad de sacar el

morral de entre mis piernas. Qué alivio, pues aún conservaba mi preciado botín, mi maleta de viajero, mi tesoro escondido.

Llegué al terminal de Cali media hora antes de lo previsto y de inmediato tomé un bus intermunicipal hacia el centro del departamento, pues esta vez no existía la posibilidad de contratar un viaje expreso. Una hora después un amigo soldado de mi compañía me recogió a un lado de la carretera: era El Caleño, el dueño de la mitad del botín que yo transportaba desde Popayán. En el alojamiento del batallón José Hilario López habíamos encontrado el plan. Él tuvo que viajar horas antes con la intención de organizarlo todo, ubicar el sitio para esconder el dinero y también con la idea de verificar que la zona no presentara riesgos; por eso la emoción nos invadió al encontrarnos a un lado de la vía. Nos saludamos como si lleváramos mucho tiempo sin vernos o como si se tratara de dos queridos hermanos que se reencuentran después de una década de ausencia. Cruzamos un par de palabras y sin muchos preámbulos emprendimos un tercer viaje a pie a través de una trocha, donde salían de vez en cuando campesinos que dedican su vida a la siembra de caña, acompañados de niños que jugaban fútbol sobre el camino. La caminata tardó aproximadamente quince minutos desde el sitio de encuentro hasta la entrada de una finca que, según él me contó, pertenecía a un familiar suyo.

En esa finca enterramos la plata y construimos nuestra propia guaca la noche del 2 de mayo. Me quité de encima el peso más grande que he cargado durante mis 25 años de existencia: un morral de seis kilos de dólares y pesos que comencé a cargar dieciséis días atrás, un jueves santo, cuando el destino nos puso frente a la diosa fortuna.



Faltaban unos diez minutos para aterrizar, cuando la tranquilidad del viaje se interrumpió de repente... La angustia y el drama se apoderaron de la normalidad del vuelo... Ávila se paró de su silla de un momento a otro y, sacando una granada de fragmentación que llevaba en el chaleco, amenazó con volar el avión si no le devolvían su caja llena de dólares. Alguien se la había escondido, o quizás robado, y hasta ese momento nadie, salvo él se había dado cuenta.

Ante mis ojos brilló, como un metal expuesto al rayo del más intenso sol, un sello del Banco de la República, luego otro sello y otro y otro... mis manos comenzaron a temblar y luego mi cuerpo. Levanté la cabeza para notificar a mis dos amigos, pero ellos también lo habían descubierto. ¡Era dinero, dinero puro y en efectivo! Saqué una de las bolsas y advertimos que se trataba de pacas llenas de fajos de billetes, cada uno cruzado con un sello de papel del mismo banco y con su respectiva denominación impresa. Eran fajos de billetes de 50 y 20 mil pesos cada uno. "Diez millones de pesos" rezaba el escrito en las cintillas del banco emisor.

Los brindis no eran sólo de trago... varias veces los más amigos se regalaban entre sí las muchachas más lindas; se las mandaban a uno a la mesa con el reporte de ellas mismas "ahí le mandan, ya está todo pago".

ISBN 958335282-9



9 789583 352829



Quintero
Editores